

## **EL PELO DE LA DEHESA: UNA RELECTURA**

**José Montero Padilla**

*(Universidad Complutense de Madrid)*

Quiero, ante todo, expresar mi felicitación a los organizadores de este Congreso sobre “Bretón de los Herreros: doscientos años de escenarios”, que conmemora el segundo centenario del nacimiento del escritor. Nacido en Quel, pequeña villa de la Rioja, el 19 de diciembre de 1796, Manuel Bretón de los Herreros conservó siempre un recuerdo afectuoso para su lugar de origen, al que, tiempo adelante, dedicaría un afectuoso romance de factura neoclásica, *Mi lugar*:

A la sombra de una peña,  
que desafía a los austros,  
se asienta la humilde villa  
do vi mis primeros años.  
Quel es su nombre, harto pobre;  
bien que de dones colmado  
a alguna ciudad soberbia  
honrar pudiera su campo.  
Las claras ondas le bañan  
del fructífero Cidacos,  
cuyas plácidas riberas  
son de Castilla regalo.  
Allí viciosa la grama,  
de la oveja dulce pasto,  
crece en el valle frondoso  
y en el ameno collado.  
Allí entre la mies dorada  
que agita Céfito blando

la tímida codorniz  
repite su alegre canto.  
Allí doquiera que vuela  
la parda abeja zumbando  
mil flores le abren su cáliz  
en el monte y en el prado.  
Minerva allí sus tesoros,  
allí sus delicias Baco,  
allí su copia Amaltea  
vierte con pródiga mano...<sup>1</sup>

También en prosa recordó a su patria chica y la describió, con entrañables acentos, en su artículo titulado “El matrimonio de piedra”:

“Es la Rioja una de las comarcas más bellas, más pobladas y más fértiles de España: así, *nemine discrepante*, lo propalan los de la tierra y lo confiesan los forasteros; y aún sería más celebrada si mejor fuese conocida. [...] La villa..., rectifico: las villas de Quel, que hasta poco ha fueron dos en una (la de Suso y la de Yuso, cada cual con su jurisdicción correspondiente), constituyen una población de unas dos mil almas, tendida, no muy cómodamente que digamos, a la falda de una robusta peña... [...]. Delante, esto es, al Mediodía, y a unos cuatrocientos pasos del caserío (no de los peores de Castilla), corre por entre huertas exuberantes de sabrosas hortalizas, ricas legumbres y regaladas frutas, el Cidacos...”<sup>2</sup>

Justo, pues, y ejemplar, el recuerdo que desde su tierra se dedica ahora a Bretón de los Herreros, notabilísimo comediógrafo y uno de los grandes ingenios de las letras españolas. Que amor con amor se paga.

Y, junto a la felicitación, deseo expresar, también, mi sincera gratitud por la invitación que me permite intervenir en este Congreso, gratitud en especial al profesor don Miguel Ángel Muro, conocedor erudito, sensible e inteligente de la obra bretoniana, por cuya voz me llegó, cordial, la invitación. Esta me ha dado ocasión para volver a textos míos ya lejanos y efectuar así una relectura de una de las más representativas comedias de Bretón de los Herreros: *El pelo de la dehesa*.

Esta obra se estrenó en Madrid, en el teatro del Príncipe –actualmente llamado Español–, el día 13 de febrero de 1840. Fueron sus intérpretes, junto con Juan Lombía en el papel de *Don Frutos*, las actrices Teodora Lamadrid en el personaje de *Elisa*, la señora Llorente en el de *La Marquesa* y la señora Lapuerta en el de *Juana*, y los actores Luna en el personaje de *Don Remigio* y Alberá en el de *Don Miguel*.

El estreno constituyó un éxito notable, tanto para el autor de la obra como para sus intérpretes y así lo confirman comentarios aparecidos en los días siguientes, como en el periódico *La Esperanza* donde se califica de “brillantísimo” el

---

1. Reproduzco de J. García Prado: “Bretón y su patria chica”, *Berceo*, Logroño, 1947, II, pp. 61-62.

2. *Ibidem*, pp. 60-61.

triunfo alcanzado; y en otro periódico, *El Entreacto*, donde el escritor Miguel Agustín Príncipe asevera:

“No titubeamos en decir que *El pelo de la dehesa* es una de las más felices y acabadas composiciones del señor Bretón [...]. En la comedia que nos ocupa son tan felices los rasgos característicos o de costumbres, y al mismo tiempo tan abundantes, que esta cualidad absorbe toda nuestra atención y apenas nos acordamos de la complicación de la intriga [...]. El público escuchó embelesado esta composición sin dejar de reír en toda ella, siendo tantos y tan repetidos los aplausos que los actores se vieron con frecuencia en necesidad de interrumpir la representación.”<sup>3</sup>

Cinco años después, el 27 de enero de 1845, en el madrileño teatro de la Cruz, estrenaría Bretón una continuación de su comedia con el título de *Don Frutos en Belchite*.

El argumento de *El pelo de la dehesa*, en breve resumen, es como sigue. Un joven lugareño, don Frutos, rico heredero, llega a Madrid, a la casa de su prometida doña Elisa, a la que no conoce personalmente, pero con la que ha de contraer matrimonio según concertaron los padres de ambos: rústico, pero dotado de gran fortuna, el del novio; noble, marqués, pero arruinado, el de ella. Esta misma, doña Elisa, expone puntualmente la situación en conversación con su criada al comienzo de la comedia:

Nuestra casa está arruinada.  
De su esplendor solariego  
apenas queda otra cosa  
que pergaminos, y pleitos,  
y deudas. Don Baltasar  
de Calamocha y Centeno  
padre que fue de don Frutos,  
mi novio, y en cuyo pueblo  
tenemos un caserón  
ruinoso y cuatro barbechos,  
hubo de prestar no sé  
qué cantidad de dinero  
a mi padre, que Dios haya,  
cuando pasó aquel invierno  
en Zaragoza. Tres años  
después de hacer el empréstito  
reclamó don Baltasar  
el capital y los réditos.  
Pidióle plazos mi padre  
sin esperar obtenerlos,  
pero se quedó pasmado  
cuando con rostro halagüeño

---

3. Reproduzco los textos citados de mi Introducción a *El pelo de la dehesa*. Madrid, Cátedra, 1974, pp. 33-34.

le dijo don Baltasar:  
“Señor Marqués, sin apremios  
ni jueces, ni ejecuciones,  
y, lo que es aún mejor que esto,  
sin que suelte usted un cuarto,  
puedo quedar satisfecho.  
—¿Cómo? —Hablemos con franqueza.  
No es oro ya lo que anhele,  
que un terremoto no puede  
levantar el que poseo,  
sino títulos y honores;  
no para mí, pobre viejo  
que al primer aire colado  
espero quedarme tieso,  
sino para aquel buen mozo  
que ha de heredar mis talegos.  
Ahora bien, si usted no tiene  
horror al nombre de suegro,  
déme usted su única hija  
para mi único heredero,  
que si no es de ilustre sangre  
tampoco nació plebeyo.  
Él será marqués por ella,  
ella por él hará bueno  
el marquesado; y, por último,  
el gozo será completo  
cuando nos llame a los dos  
papá grande un mismo nieto.”  
Despreocupado mi padre,  
y mi madre... un poco menos,  
pero aficionada al lujo  
cual todas las de mi sexo,  
aceptaron un partido  
que por motivos diversos  
a todos estaba bien;  
volvióse ufano y contento  
don Baltasar a Belchite,  
pero al mes ya había muerto;  
mi padre murió también  
—¡téngale Dios en el cielo!  
Como siguió tan de cerca  
al tratado casamiento  
el duelo de ambas familias,  
no me habló de este proyecto  
mamá hasta cumplido el luto;  
vencida yo de sus ruegos  
acepté...<sup>4</sup>

---

4. Todos los textos de la comedia que reproduzco proceden de mi edición citada de *El pelo de la dehesa*.

Sobre este planteamiento se construye la comedia, cuyo conflicto anticipa habilísimamente Bretón en los dos versos, iniciales de la escena primera, que pone en boca de Juana, la criada:

¿Y se ha de casar usted  
con un rústico labriego?

Tal situación da paso a un continuo enfrentamiento y juego de contrastes. Enfrentamiento que no es, sólo, el de dos personajes, sino el de dos diferentes, opuestas maneras de vivir y de estimar las circunstancias que conforman las existencias humanas.

Intervienen asimismo en la comedia una marquesa, que es la madre de Elisa; un militar, don Miguel, aspirante también a la mano de la muchacha; un viejo, gorrón, intrigante y correveidile, don Remigio, y una criada, Juana.

La obra concluye con la renuncia, prudente y generosa, por don Frutos, al proyectado matrimonio con persona tan distinta a él en educación, gustos y costumbres.

Todos los personajes referidos forman una sugestiva galería de tipos y caracteres. Ante todo, el protagonista, don Frutos, figura trazada con admirable acierto por Bretón, y cuyos perfiles caricaturescos o intencionadamente exagerados a menudo no le restan cualidades humanas, de espontaneidad, de reciedumbre, de bondad, que le hacen simpático y atrayente (“Es tosca mi educación / ... pero tengo un corazón / como de aquí a Zaragoza”, dice él mismo en la penúltima escena del segundo acto), también en su aspecto físico, “Guapote y rollizo” y con “buenas formas y talla de granadero” (acto primero, escena primera). Si, mirando atrás en el tiempo, Don Frutos puede recordarnos a alguno de los “figurones” de las comedias del Siglo de Oro, más anuncia o insinúa madrugadoramente rasgos de los personajes tragicómicos de un Arniches, por ejemplo (aunque Bretón haya eludido en su comedia toda derivación dramática).

A su lado, en intenso contraste, doña Elisa, superficial y ligera en su conducta, apegada a las apariencias sociales, inconsciente o indecisa en sus sentimientos, pero que acaba admirando a don Frutos y lamentando haberle perdido...: “¡Qué necia he sido / en no casarme con él!”, exclama desolada, tardíamente, en la escena final de la obra.

Y don Miguel, el militar, personaje de una pieza que Bretón aprovecha para parodiar satíricamente el Romanticismo. Así, con frecuencia, las actitudes, las palabras, la conducta suyas corresponden a un arquetipo romántico, de un romanticismo contemplado con lente irónica.

Y la Marquesa, interesada, entrometida, con humos de grandeza, descendiente directa de la doña Irene de *El sí de las niñas* moratiniano.

Y don Remigio, vividor, inconsistente, cimbel, dispuesto siempre a halagar a todos para su medro personal...

Y, finalmente, Juana, la criada, que acompaña a la dama y es su confidente.

Esta serie de personajes o tipos humanos –el lugareño rudo de maneras, pero sin falsedades ni disimulos en sus sentimientos y que actúa siempre a los dictados de su buen corazón; la joven superficial y que no sabe bien lo que quiere (cuando lo descubre es ya demasiado tarde...), la Marquesa dominante, pretenciosa, calculadora; el viejo mendaz, oficioso, mensajero servil y aprovechado– constituyen, sin duda, una muestra tanto de tipos humanos como de ciertos sectores de la sociedad española de la época de Bretón de los Herreros. Quienes quieran conocer cómo vivían, sentían, pensaban y actuaban las gentes de aquel tiempo y cuáles eran sus ideas y costumbres, encontrarán un documento tan veraz como valioso en las comedias del escritor, mucho más fiel y auténtico, desde luego, que las creaciones de la más caracterizada y representativa literatura romántica. La obra bretoniana se emparenta, en este aspecto, con las páginas de los más afamados costumbristas –Mesonero Romanos, Estébanez Calderón–. Así, burla burlando y si se dejan a un lado las exageraciones de finalidad meramente cómica, *El pelo de la dehesa* se nos aparece como un retrato puntual y revelador de algunos sectores de la sociedad española del siglo XIX.

Retrato y testimonios aliviados de gravedad o trascendencia en su expresión pero que no por ello dejan de ser indicativos, como el siguiente diálogo entre Elisa y su criada:

- |       |   |
|-------|---|
| JUANA | Si, como tengo entendido,<br>nunca salió de su pueblo,<br>vendrá tan rudo...  |
| ELISA | No importa:<br>nosotras le puliremos.   |
| JUANA | Taladrará los oídos<br>con aquel maldito acento<br>aragonés.  |
| ELISA | Poco a poco<br>lo irá en la Corte perdiendo.<br>¿Tan fácil es encontrar<br>un marido sin defectos?<br>Si no es fino y elegante,<br>será cariñoso, tierno,<br>sencillo, dócil... |
| JUANA | [Entre dientes] O potro<br>cerril que plante al lucero<br>del alba una coz.   |
| ELISA | ¿Qué dices?   |
| JUANA | Nada.   |
| ELISA | El timón del gobierno<br>me abandonará gozoso,<br>y eso es lo que yo pretendo.  |

JUANA        Dios lo quiera, mas casarse  
                 sin amor...

ELISA        Amor es ciego,  
                 y aunque acierta alguna vez  
                 es muy mal casamentero.

O la ponderación de los bienes materiales, reiterada con insistencia, como en los versos siguientes, dichos por la Marquesa:

¡Qué conflicto, Dios eterno!  
¡Qué afrenta, Virgen de Atocha!  
¡Acepta yo para yerno  
a un don Frutos Calamocha!  
Mas si con él me confundo,  
¿quién me hará ningún reproche?  
¿Qué papel hace en el mundo  
una marquesa sin coche?  
Tal boda no me hace gracia,  
pero el siglo es tan mercante...  
También es aristocracia  
la del dinero contante.

O las sátiras punzantes sobre los maridos:

... ..  
¿quién repara ya en maridos?  
Todos vienen a ser unos.  
Las mujeres dan el tono  
con sus gracias y su lujo.  
¿Qué hacen ellos en un baile,  
por ejemplo? Como búhos  
se van todos agrupando  
en el rincón más oscuro  
de la sala. Allí reparten  
los dominios del gran turco,  
y en un dos por tres revuelven  
el Tajo con el Danubio;  
o en el tresillo engolfados  
disputan como energúmenos  
sobre si echaste la *mala*  
debiendo rendir el *punto...*,  
y no sabe alguno de ellos  
que mientras cuentan los triunfos,  
un galán le da *codillo*  
y su esposa le hace *renuncio*.

Y la perspectiva bienhumorada, o levemente crítica e irónica en la mayoría de las ocasiones, del Romanticismo contemporáneo dominante en la literatura. Así en las palabras siguientes, de claro sentido crítico, puestas en boca de la Marquesa:

... Por ventura,  
¿es menester grande estudio  
para imitar a esa cáfila  
de galancetes insulsos  
que en tertulias y cafés  
pasan por hombres de gusto?  
En cuatro días se aprende  
con un mediano discurso  
la cháchara insustancial  
con que se lucen algunos.  
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre  
para no soltar rebuznos?  
Callar, frunciendo las cejas  
con estudiado repulgo,  
y decir al que se admire  
de verle tan taciturno:  
“¡Soy romántico, soy genio!  
Mi misión en este mundo  
es... ¡callar!”; y si a esto añade  
una contracción de músculos,  
y se va sin saludar  
retorciéndose los puños,  
dirán: “¡Lástima de joven!  
Su esplín le abrirá el sepulcro.  
¡Qué buenas cosas se calla!  
¡Qué talento tan profundo!”

Al igual que un fino sentido paródico del lenguaje romántico aparece en palabras puestas en boca de don Miguel: “... ¿Usted no mira / que está clavando un puñal / en mi pecho?”... “¡Oh matrimonio fatal! / ¡Desgraciada Elisa! “...

Esta actitud paródica, así como la visión regocijadamente satírica, presentes en *El pelo de la dehesa*, asoman también en otras comedias de Bretón: *El poeta y la beneficiada*, *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, *Todo es farsa en este mundo*, *Muérete, ¡y verás!*... Y en composiciones poéticas:

Se inclina al romanticismo,  
invención de Belcebú,  
y ¡oh maravilla, oh portento!,  
goza de buena salud,  
.....<sup>5</sup>

Y es que Bretón, coetáneo del Romanticismo, no es, en sus creaciones más representativas, un escritor romántico, aunque escribiera algunas obras que puedan considerarse como tales, así sus dramas *Elena*, *Don Fernando el Emplazado*,

---

5. Introducción citada, p. 22.



Vellido Dolfos,... Sobre el primero de ellos hizo reveladoras puntualizaciones el propio autor:

“Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban a dar alguna muestra de su poca o mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno *romanticismo* estaba en su mayor auge y era difícil que temprano o tarde dejase de llevar también alguna ofrenda a las aras del ídolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición”.<sup>6</sup>

No era el temperamento de Bretón proclive, evidentemente, al Romanticismo literario, ni en éste hallaba el campo adecuado a sus facultades.

Cuando *El pelo de la dehesa* llega a su final, su protagonista, don Frutos, después de anunciar su resuelto propósito de abandonar Madrid y emprender el regreso a Belchite, el lugar pequeño, en tierra aragonesa, donde ha vivido siempre, después de ello, dice –último verso de la obra–: “La Corte no es para mí”. Ya antes había afirmado, con frase clave para entender el sentido de la comedia:

... aunque yo he entrado en la Corte,  
la Corte no ha entrado en mí.

(Acto III, escena VI, vv. 1566-7).

Y es que no hay duda: el enfrentamiento que se produce en la comedia no es únicamente el de dos personas de condición, carácter y costumbres diferentes, sino, de manera principal, el de la ciudad y el pueblo. El tema cuenta con muy antigua e ilustre tradición, con larga serie de antecedentes literarios y con multiplicidad de enfoques. Se trata en definitiva, esta vez, de una nueva formulación del viejo tema de “menosprecio de corte y alabanza de aldea”.

Don Frutos insiste reiteradamente en que la ciudad no es para él. Sus hábitos, sus aficiones, su educación, son muy otros de los que encuentra en la Corte:

¿Dónde me he metido, cielos?  
¡Qué costumbres tan diversas  
de las mías! ¡Ah! Yo voy  
a pasar la pena negra...

(Acto IV, esc. III, vv. 1916-9)

Estos temores se le transforman, en alguna ocasión, en actitud de rechazo, de repudio expuesto con vehemencia a lo extranjero. Como cuando don Remigio le pondera la calidad de un vino de Burdeos:

REMIGIO    Tiempo hace que no he bebido  
mejor vino de *Bordeaux*...

---

6. Introducción cit., pp. 21-22.

[*Mudando de tono como para hacerse comprender.*]

Burdeos.

FRUTOS Me importa poco  
el nombre de ese señor,  
porque me sabe muy mal  
en francés y en español.

REMIGIO ¡Hombre, un Burdeos legítimo...  
y de *Laffitte*! ¡Un licor  
europeo!

FRUTOS Y yo ¿qué tengo  
que ver con Europa? Soy  
de Belchite. –Y contra el mismo  
patriarca Noé, inventor  
de la vendimia, sostengo  
que es vino de munición  
ese que usted me pondera;  
que agri-áspero de sabor,  
ni me calienta el estómago  
ni me alegra el corazón,  
y, en fin, que para vinagre  
lo he vendido yo mejor.

Más adelante, Frutos advertirá a la criada que le va a servir el almuerzo: “Y no más vino de extranjis.” “Lo traeré de Valdepeñas” –contesta Juana. Y don Frutos concluye: –”Venga. Al fin es español..., / aunque no es de Cariñena.”

¿España frente a Europa ya? ¿España en relación con Europa?... Ni los motivos del texto, ni su contexto, sentido, tono y talante permiten afirmarlo con rotundidad. Falta aún más de medio siglo para los ensayos *En torno al casticismo* de Unamuno, de orientación (“tenemos que europeizarnos”) prontamente rectificadas por el autor (“tratemos de españolizar a Europa”), y para el *Idearium español* de Ángel Ganivet (*Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*), entre muchos otros intelectuales que reflexionarán sobre el carácter, significado y futuro de la cultura española. No trascendentalicemos, pues, las afirmaciones de don Frutos, aunque tampoco debamos pasarlas por alto. Más cerca está el personaje, en su ideología y en su actitud, del castellano viejo de Larra, si bien hay una rotunda diferencia entre la visión que de ambos tienen sus creadores: visión positiva la de Bretón de los Herreros, de censura la de Larra.

Afirmación de lo nuestro, pues, frente a Europa. Y defensa también –¿con razón siempre?– de lo propio y natural frente a imposiciones presuntamente civilizadoras:

... ..  
Vista como quiera Elisa,  
vista usted como le cuadre,  
mas ni Elisa ni su madre  
se metan en mi camisa.

Triunfen, gasten; no me espanto;  
cuanto tengo es de las dos;  
mas no se empeñen, por Dios,  
en civilizarme tanto.  
Dejen a un hombre sencillo,  
que, al cabo, no es una fiera,  
manejar a su manera  
el tenedor y el cuchillo.  
No me mire usted al soslayo.  
Quiero que el amor me mande...  
y no una suegra. Soy grande  
y ya he despedido el ayo.

(Acto III, escena VI, vv. 1544-59).

Pero el carácter rústico y espontáneo de don Frutos no supone en él, en ningún momento, zafiedad o carencia de talento natural. Tal como lo reconoce don Remigio cuando dice:

Sí, le puliremos pronto,  
que aun que él tiene, y lo confiesa,  
el pelo de la dehesa,  
no tiene pelo de tonto.

(Acto II, escena II, vv. 771-4).

Al igual que la opinión del mismo personaje sobre la Corte no es por entero negativa. Se trata de una falta de conocimiento y de costumbre, de una resistencia establecida de antemano a vivir en la ciudad, con la que don Frutos actúa como un nuevo *villano en su rincón* lopesco:

Pues ¿y Madrid? No haya miedo  
que yo lo desacredite.  
[.....]  
Desear yo un pasaporte  
que me vuelva a mi lugar  
cuanto antes, no es condenar  
las costumbres de la Corte.  
Son muy cucas, no hay falencia;  
pero, al fin, no son las mías.

(Acto IV, escena VIII, vv. 2140-2151) .

Sólo en una ocasión parece don Frutos dispuesto a rendirse a los hábitos cortesanos, y ello es ante el imperio del amor de Elisa, en unos gallardos versos del acto segundo:

Es tosca mi educación  
para aspirar a tal moza;  
yo te hago esta confesión;  
pero tengo un corazón  
como de aquí a Zaragoza.

El encontrará camino  
de agradar a mi mujer.  
Para amar con desatino  
no creo que es menester  
que uno sea lechuguino.  
En lo que yo no esté ducho  
corrige tú mis maneras.  
Verás qué dócil te escucho.  
Tú harás de mí lo que quieras...  
siempre que me quieras mucho.  
Así con igual placer,  
luego que al pie del altar  
me digas: soy tu mujer,  
tú me enseñarás a hablar;  
yo te enseñaré a querer.

(Acto II, escena XI, vv. 1247-66).

Bretón de los Herreros es el mejor y más popular autor de comedias de su tiempo. Testimonio sobresaliente de su magnífico hacer de comediógrafo es *El pelo de la dehesa*. Cuando la obra llega a su conclusión y el protagonista sale de la casa de la que habría podido llegar a ser su esposa, una leve melancolía nos invade: ¿qué será de estos dos personajes –Elisa, Frutos–, tan distintos y tan simpáticos en nuestro recuerdo? La comedia ha quedado abierta a una continuación en la que esos dos personajes puedan ser felices juntos. Ello ocurrirá cinco años después, en la ficción de otra comedia, *Don Frutos en Belchite*, aunque, para que ello se haga posible, tenga que fallecer Miguel, el militar, esposo de Elisa, y quedar ésta así viuda, y libre por tanto para contraer nuevo matrimonio. Un tanto forzado todo ello, permitirá el final feliz, sentimentalmente dulzón, que sugería la trama y deseaba el público.

Bretón tomó como base para su obra teatral la sociedad de su tiempo y la reprodujo en sus comedias, las cuales se convirtieron así, destacadamente, en documentos costumbristas. Los ambientes y las modas, las convicciones y las preferencias, las anécdotas con sabor de época, pequeños problemas, caracteres, tipos humanos o representativos de diversas profesiones o sectores sociales, fueron retratados con mano maestra por Bretón. Por ello pudo afirmar José María Asensio que en sus comedias “está la España de medio siglo”.<sup>7</sup> Escritor costumbrista, pues, éste cuyo segundo centenario se conmemora.

Todo ello explica que el género predilecto y representativo de Bretón sea la comedia, para la que se hallaba especialmente dotado por naturaleza. Cualidades al servicio del comediógrafo son su dominio del lenguaje y de la versificación. Es habitual –y justo siempre– el elogio de ambos. Gracejo, opulenta y variada riqueza de expresión, fluidez, espontaneidad, “chispa”... resplandecen en el diálogo bretoniano. Y la forma de verso, tradicional en nuestro teatro durante siglos, que

---

7. Vid. mi Introducción cit., p. 43.

emplea nuestro autor a pesar del ejemplo contrario en algunas comedias de su admirado Moratín, fluye natural y sencilla, con predominio casi absoluto del octosílabo en diversas combinaciones estróficas: romances, cuartetos, redondillas, quintillas...

Y en la construcción y en la estructura de sus comedias, en el acierto para lograr los mejores efectos teatrales, aparece constante ese sexto sentido propio y característico del autor dramático “de raza”.

Es muy de lamentar que los diversos teatros oficiales existentes –cuando menos– no pongan ahora en escena algunas de las creaciones bretonianas. Ello proporcionaría, seguramente, amables sorpresas, solaz y entretenimiento al público, que muy difícilmente puede ver representada en la actualidad alguna obra del autor cuyo recuerdo ha dado ocasión a este Congreso, tan certeramente organizado.